



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# VIII – La revancha de Shîha, Maestro de Argucias

## 20 – Una cita galante

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2021  
Número de páginas: 7  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## VIII. 20 – UNA CITA GALANTE

*“Después de abandonar el campamento de los persas, ocultos bajo los uniformes de dos tomars, Musa El-Sindi y Abu Bakr El-Jardağâni entraron en la ciudad y se pasaron recorriéndola y estudiando el medio de acercarse hasta el palacio de Bolagha para llevar a cabo su misión; pero, ¡imposible! Éste, había desplegado tal cantidad de guardias y soldados por todas partes, que no había un solo resquicio por el que infiltrarse dentro de las dependencias de Bolagha. Iban ya nuestros héroes muy desanimados al ver que no conseguían su objetivo, cuando, mientras deambulaban por una de las calles de Mardîn, oyeron unos gritos y lamentos, como para romper el corazón más duro. Pensaron que se trataba de un duelo por alguien fallecido, y se acercaron hasta la casa de donde provenían las tristes quejas, viendo a todos los criados en la puerta, llorando a lágrima viva. Intrigados, ante tal despliegue de gente por toda la calle, y frente a la vivienda, les preguntaron si había muerto alguien y estaban celebrando un duelo; pero, el motivo era muy diferente...”*



Nuestros dos hombres<sup>1</sup> cambiaron de apariencia en un abrir y cerrar de ojos, y se deslizaron dentro de la ciudad. Se instalaron allí, espiando cada movimiento de Bolagha, con la esperanza de encontrar una ocasión para matarle. Muy pronto comprendieron que no había manera alguna de llegar hasta él, pues había convertido su palacio en una fortaleza bien guardada. Vagaron durante varios días por Mardîn, trazando todo tipo de planes y emboscadas, aunque sin resultado alguno. Pero, una tarde, sus pasos les guiaron hasta una callejuela sin salida, y cuando ya estaban a punto de pasar de largo, oyeron unos llantos y lamentos que se escapaban de una mansión de hermoso aspecto. Intrigados, se acercaron y descubrieron un espectáculo tan triste y conmovedor que habría arrancado lágrimas a un pajarillo en pleno vuelo: esclavos y sirvientes andaban por la calle, lanzando gritos y lamentos como para partir el alma. Creyendo que en la casa había un duelo, le preguntaron a un esclavo.

<sup>1</sup> Se refiere a Musa El-Sindi y a Abu Bakr El-Jardağâni.

- ¡Qué desgracia, qué tristeza! –gimió el esclavo.
- Pero ¿quién ha muerto? –insistieron.
- ¡Ay, si solo fuera eso! –exclamó el esclavo– ¡La desgracia que nos ha caído encima es mucho peor!
- ¿Hay mayor desgracia en el mundo que la muerte? –replicó El-Jardaqañi.
- ¡Desde luego que la hay! ¿No has oído eso de que “Mejor perder la bolsa que la vida; perder la vida que el honor; y perder el honor que la fe?” Pues bien, aquí hemos perdido las dos cosas: el honor y la fe. ¡Ah, quiera el cielo que el ruido de nuestra pena llegue hasta el Comendador de los creyentes, y nos vengue de los enemigos de la religión! Sabed, hombres de bien<sup>1</sup>, que esta mansión pertenece al gran cadí de Mardîn; éste solo tiene una única hija, una criatura deliciosa, y más bella que la luna creciente. Pero, el rumor de su belleza llegó justo hasta Bolagha, ese maldito infiel que no conoce el temor de Dios: el muy depravado, ha mandado decir a su padre que la vista con sus mejores galas y la conduzca hasta el hamam de la ciudad, en donde él se reunirá con ella a tal hora (y el esclavo le indicó a Musa El-Sindi con precisión el lugar y la hora de la cita); en caso de que el cadí lo rechazara, toda su familia sería ejecutada. Por eso está toda la casa en duelo; el cadí se ha retirado a sus aposentos. Así que, decidme ¿no es ésta la peor desgracia que le podría suceder a una pobre niña? ¿Y no hubiera sido mejor para ella morir, antes que perder su honor de esa manera?
- Tienes razón –afirmó Musa El-Sindi–: la muerte no es nada si se la compara con un destino funesto. ¡Sólo a Dios pertenece la fuerza y el poder! Por cierto, ese hamam, ¿dónde me has dicho que se encuentra?

Después de que el esclavo les hubo dado la información requerida, se despidieron de él y se marcharon; el alma caballeresca de El-Sindi bullía llena de una generosa cólera, y fue presa de un trance tan violento que comenzó a sangrar por la nariz.

---

<sup>1</sup> Aquí, el que habla es un esclavo, y llamar simplemente “hermano” a un desconocido de condición libre, sería una falta de cortesía.

– A partir de ahora, esta joven está bajo nuestra protección –afirmó a El-Jardaqâni–. Yo me propongo sacrificar mi vida si es necesario por salvar su honor; si consigo liquidar a ese perro de Bolagha, morir me importa un bledo. Sígueme, veremos lo que Dios nos tiene decretado.

Se dirigieron a toda prisa hasta el hamam, que estaba fuertemente vigilado por los soldados, con la espada desenvainada en la mano. Ante el edificio había un grupo de cortesanos: unos, sentados sobre taburetes; otros, de pie, esperando al infame Bolagha, que contaba con llegar, caída la noche. Musa El-Sindi rodeó el edificio, y en la parte de atrás, lanzó un gancho de escalada, por el que los dos hombres treparon hasta la terraza. El-Sindi fue hasta la cúpula que había allí, y techaba el cuarto privado, rematado en su vértice con un ojo de buey. Allí, El-Sindi practicó una abertura suficientemente grande como para dejar pasar el cuerpo de un hombre; luego, colocó un madero de través, al que fijó un gancho de cuatro puntas, dejándose deslizar a lo largo de la cuerda, y colocando de guardia a El-Jardaqâni. Cuando llegó abajo, echó una ojeada a su alrededor y se encontró con una cabina privada, cerrada con una cortina de seda. El lugar estaba profusamente iluminado por una multitud de velas, y numerosos incensarios expelían el suave olor del ámbar, del almizcle y del áloe. En fin, ¡una auténtica bombonera, totalmente arreglada para una cita galante!

El-Sindi se escondió en un rincón y esperó allí sin moverse. Al cabo de un momento, llegó la hija del cadí, conducida por sus sirvientes, que la dejaron ante la puerta de la habitación y se retiraron hasta el vestíbulo del edificio. Horrorizada ante las afrentas que la esperaban, la desgraciada permaneció inmóvil un buen rato, sollozando e implorando la ayuda de Dios; El-Sindi no se atrevía a mostrarse ante ella, por miedo a que enloqueciera del susto. Finalmente, la llamó:

– ¡Amina! ¡Ven aquí, hija del cadí Mohammad!

Creyendo que ya se las tenía que ver con Bolagha, entró en la cabina.

– No temas nada, noble joven, pero, sobre todo, ¡no hagas ruido! – recomendó El-Sindi– Dios me ha conducido desde Damasco hasta aquí para venir en tu ayuda: ahora mismo, tú eres mi hermana por el pacto ante Dios.

Una vez que calmó su terror, le anudó fuertemente su cuerda bajo los brazos y llamó a El-Jardaqâni, que la izó sobre la terraza y la ocultó bajo su manto; mientras tanto, El-Sindi esperaba a pie firme a Bolagha. Este último había pasado la noche bebiendo para estar a la altura de la situación; luego, montó en su caballo con sus compañeros habituales, unos cuarenta de su misma catadura. Cuando llegaron al hamam, les dijo:

– No me voy a pasar ni una hora con ella, y luego será vuestro turno: espero que compartáis mi buena fortuna.

Despojándose de sus vestidos, se acercó a la puerta.

– ¡Hay, querida mía! –berreó Bolagha– ¡Hay, Amina *jânom!* ¿Dónde está mi bella y adorada amante? ¿Dónde está la hermosa a la que quiero más que a mi vida?

– ¡Aquí estoy, mi señor! ¡*Kal borah*<sup>1</sup>! –respondió El-Sindi con voz aflautada.

Prácticamente desnudo, el infame Bolagha se metió en la cabina... y se encontró de manos a boca con un tipo fuerte, cuyos ojos llameaban de furor. Quiso huir, pero El-Sindi lo atrapó por la piel del cuello y le asestó una bofetada más dolorosa que una paletada de carbones ardientes.

– ¡Hay! ¡A mí los persas! ¡Socorro! –gritó Bolagha.

Pero El-Sindi ya le había abatido, y sacando su cuchillo, le cortó la garganta de una a otra oreja; luego, colgó la cabeza cortada de su cinturón, subió de nuevo al tejado, y huyó con su compañero, llevándose a la joven para conducirla de nuevo a casa de sus padres. Encontraron la casa del cadí inmersa en una desesperación total; locos de pena, los padres de la joven estaban a punto de suicidarse, cuando de pronto, llamaron a la puerta. El cadí echó una ojeada por la mirilla y vio a su hija en compañía de un desconocido.

– ¿Quién eres tú, señor? –le preguntó.

---

<sup>1</sup> En turco “ven aquí”.

– ¡Padre mío, este hombre es un héroe! –se apresuró a declarar Amina para tranquilizarle– ¡Él es el que ha salvado mi honor!

Ella le explicó rápidamente lo que había pasado. Abrumado de reconocimiento, el cadí besó las manos de El-Sindi y quiso darle una recompensa, que el otro rechazó:

– Gracias, mi señor, no necesito nada. Soy feliz de haber salvado el honor de tu hija, pero ese no era mi principal objetivo: yo soy un agente del rey El-Zâher, que me ha encargado llevarle la cabeza de Bolagha. Lo único que te pido es que nos guardes este secreto, en interés de tu hija.

Tras estas palabras, se alejó, acompañado de El-Jardaqañi.

– Oye, no olvides que las puertas de la ciudad estarán cerradas hasta mañana por la mañana –le recordó este último–. Deberíamos escalar ahora mismo las murallas y largarnos antes de que den la alerta.

– ¡No te pongas nervioso, muchacho! Mejor busquemos un escodrijo en la ciudad hasta que las cosas se calmen un poco. Después de eso, podremos salir sin problemas.

– ¡No, te digo que tenemos que largarnos ya! –insistió el-Jardaqañi– Cuando se den cuenta de que han matado a su jefe, van a peinar toda la ciudad. Suponte que nos han visto ¿eh? No, créeme, tenemos que marcharnos de aquí sin perder tiempo; luego, ya veremos...

Por no discutir más los argumentos de su compañero, Musa El-Sindi le siguió hasta el pie de la muralla. Ahora bien, durante ese tiempo, los hombres de Bolagha, al ver que no volvía, comenzaron a inquietarse, porque conociendo la “hombría” de su señor, sabían que no podía pasar más de una hora en compañía de sus conquistas. Así que acabaron por entrar en la cabina, en donde encontraron su cuerpo decapitado, bañado en un charco de sangre, y ni rastro de la joven. Al observar que el ojo de buey había sido levantado, comprendieron lo que había pasado, y como ya pesaban serias sospechas sobre el pretendido carnicero mongol que se había instalado en su campamento, enviaron de inmediato a buscarlo, pero no lo encontraron. Rápidamente dieron

la alerta general; los soldados se armaron de prisa y se dispersaron por toda la ciudad en busca de los fugitivos.

No tardaron en encontrarles: Musa El-Sindi, después de haber lanzado su gancho, apenas si había escalado la mitad del muro, mientras, El-Jardaqañi, aún abajo, esperaba su turno.

– ¡Alto ahí! – gritaron los persas, corriendo veloces hacia ellos– ¡Adónde os creéis que váis? ¡*hay karkabân, hay zarzabân, farj-e yazid, tujm-e harâm!* ¡Venganza para nuestro señor!

– ¡Bueno, ahora cómo lo ves! –le dijo apaciblemente Musa El-Sindi a El-Jardaqañi– Justo lo que yo me había temido. En fin, ¡quédate conmigo y no te separes ni un dedo!

Saltando a tierra, desenvainó su sable, proclamando con vozarrón atronador:

– ¡Atrás, perros! ¡Atrás, gentuza persa! ¡Váis a ver lo que cuesta enfrentarse a Musa el-Sindi y a Abu Bakr El-Jardaqañi!

Los dos hombres se batieron como demonios, llevando a cabo una espantosa carnicería entre los persas; pero pronto, aplastados por el número, tuvieron que huir, perseguidos de cerca por los *tomars*. Ahora bien, confundidos por la oscuridad, se internaron en un callejón sin salida...



Próximo relato de “La revancha de Shîha”:

21 – Halawûn recibe de nuevo un duro golpe